

ARISTOTELES

METAFISICOS

(Traducción de Héctor Carvalho Castro del texto griego editado por Werner Jaeger en la Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis, Oxford University Press, 1960).

Libro primero

Capítulo primero (980 a - 982 a 3)

[Todos los hombres al saber tienden por naturaleza. Y un signo es el amor de las sensaciones, pues aun aparte de su uso son amadas por sí mismas, y sobre todas las otras, las por los ojos. En efecto, no sólo en vistas del obrar sino aun cuando nada nos aprontamos a obrar preferimos el ver a todas las demás, por así decir. Y la causa es que esta sensación máximamente nos hace conocer y hace evidentes muchas diferencias.]

[Por naturaleza (phýsei) poseen sensación (aísthesis) los animales (tà zôia), y de ésta, si bien en algunos de ellos no se engendra memoria (mnéme), en otros sí se engendra. Y por esto son éstos más providentes (phronimótera) y capaces de aprender (mathetikótera) que los que no pueden memorar (mnemoneúein), siendo inteligentes, pero sin aprender cuantos no pueden oír los sonidos (cual las abejas y eventualmente algún otro género tal de animales). Aprenden en cambio cuantos además de la memoria tienen esta sensación.]

[Los otros animales de fantasías (phantasía) viven y de memorias, mas de la experiencia (empeiría) poco participan. El género de los hombres, en cambio, de arte y razonamientos.

De la memoria genérase en los hombres la experiencia, pues las muchas memorias (hai polláí mnémai) del mismo hecho (toû autoû prágmatos) consuman (apoteloûsin) la potencia (dýnamis) de una experiencia.

Hasta se cree (dokei) que la experiencia (empeiría) es casi semejante a la ciencia (epistéme) y al arte (tékhne), mas en los hombres resulta la ciencia y el arte de la experiencia, pues "la experiencia creó al arte",

según acertadamente dice Polos, “y la inexperiencia (apeiría) al azar (tykhe)”.

Y generase el arte (tékhne) siempre que de muchas nociones de la experiencia (ek pollôn tès empeiρίας ennoemáton) se genera un juicio universal (mía kathólou hypólepsis) sobre lo semejante (perì tòn homoíon).

Pues poder juzgar (ékhein hypólepsin) que a Kallias éste aquejado de esta enfermedad esto aquí (todì) le convino, y a Sócrates y singularmente (kath'hékaston) así a muchos, es propio de la experiencia.

Mas que convino a todos los que son tales (toioisde), definidos por especie una (kat'eídos hén), aquejados de esta enfermedad (cual a los flemáticos o a los biliosos presas de la fiebre), es propio del arte.

En relación a la acción (pròs tò práttein) se cree que la experiencia nada difiere del arte, sino que vemos aún que mejor aciertan los expertos (émpeiroi) que los que sin experiencia tienen una razón (lógos).

Y la causa es que la experiencia es conocimiento (gnôsis) de lo en cada caso (tòn kath'hékaston), el arte en cambio, de lo en general (tòn kath'hólou), más las acciones y las generaciones todas versan sobre lo singular (perì tò kath'hékastón eisin). Pues no sana al hombre el médico, si no accidentalmente (katà symbebekós), sino a Kallias o a Sócrates o a alguno de los otros que así se digan, al cual acaece (symbebeke) ser esencialmente hombre (anthrópoi eínai). Si pues sin la experiencia tiene alguien la razón, y conoce así lo universal (tò kathólou), mas ignora lo singular en él (tò en toútoi kath'hékaston), muchas veces errará de cura, pues curable es lo singular.

Mas con todo pensamos que el saber (eidénai) y el entender están más presentes (mállon hypárkhein) en el arte que en la experiencia, y más sabios (sophóteroi) juzgamos a los hombres de arte (tekhnítes) que a los expertos (émpeiroi) como atribuyendo más sabiduría a todos según el saber (eidénai).

Y esto porque unos conocen la causa (aitía) y los otros no. Pues los expertos saben sí el que (tò hótì), mas no por qué. Los otros en cambio conocen el por qué (tò dihótì) y la causa.

Por lo cual también estimamos más dignos (*timióteroi*) y de más saber (*mállon eidénai*) a los maestros artesanos (*arkhitékton*) que a los obreros manuales (*kheirotékhnes*) y más sabios (*sophóteroi*), porque conocen las causas de lo que se produce, pensando, pues, que no por activos son más sabios, sino por tener una razón (*logon ékhein*) y conocer las causas (*tàs aítias gnorízein*).

Los otros —como algunos de los inanimados, que si bien obran, sin saber hacen lo que hacen, cual quema el fuego, operando los inanimados por una cierta naturaleza (*physei tinì*) y los artesanos manuales por costumbre (*di'ethos*)

En general (*hólos*), signo que distingue al que sabe y al que no sabe es el poder enseñar (*tò dynasthai didáskein*), y por esto tenemos al arte por más ciencia (*mállon episteme*) que la experiencia: unos, en efecto, pueden, los otros no pueden enseñar.

Además, de las sensaciones, a ninguna consideramos sabiduría. Son empero éstas máximamente dominantes (*kyriótatai*) en los conocimientos de los singulares. Mas no dicen el porqué de nada, cual por qué es cálido el fuego, sino que cálido!

Es, pues, verosímil que quien inventó un arte cualquiera fuera de las comunes sensaciones fuere admirado (*thaumázesthai*) por los hombres, no sólo por ser útil en parte lo inventado, sino como sabio (*sophós*) y diferente de los otros.

Y habiéndose inventado muchas artes, refiriéndose unas a lo necesario (*pròs tànagkaia*) y otras a la conducta y fruición (*pròs diagogén*), siempre se juzgó más sabios a éstos que a aquéllos, por no ser para uso (*pròs khrésin eínai*) sus ciencias.

De donde constituidas ya todas las de tal cualidad, fueron inventadas las que ni se refieren al placer ni a lo necesario, y primero en aquellos lugares en donde primero se gozó de ocio. Por lo cual en Egipto primero se constituyeron las artes matemáticas, pues allí se permitió el ocio a la estirpe sacerdotal.

Se ha dicho en los libros éticos cuál es la diferencia del arte (*tékhnē*) y de la ciencia (*epistēmē*) y de los otros hábitos del mismo género. El fin en cuyo mor (*hoù héneka*) ahora hacemos este razonamiento (*lógos*)

es éste: que todos piensan que lo que se llama sabiduría (*sophía*) versa sobre las primeras pausas (*prôta aitía*) y los principios (*arkhaí*).]

[De suerte que, como anteriormente se ha dicho, créese (*dokeí*) que el experto (*émpeiros*) es más sabio (*sophóteros*) que quienes tienen sensaciones, cualesquiera que sean, y el hombre de arte (*tekhnítēs*) más que los expertos, y más que el artesano manual (*kheirotékhnēs*), el maestro (*arkhitékton*), y que las ciencias especulativas (*theoretikaír*) son más sabiduría que las productivas (*poiéticaí*). Que la sabiduría (*sophía*) por ende es una ciencia (*epístēme*) de ciertos principios y causas, es evidente.]

Capítulo segundo (982 a 4 - 983 a 23)

[Puesto que esta ciencia investigamos, esto es lo que se ha de examinar (*skeptéon*): la ciencia de cuáles causas y de cuáles principios es sabiduría.

Si se toman los juicios (*hypolépseis*) que tenemos acerca del sabio, acaso a partir de esto se haga más claro (*phanerón*) lo investigado.

Pensamos, primero (a) que el sabio sabe (*epístasthai*) todo (*pánta*) en cuanto es posible, sin tener ciencia (*epístēme*) singularmente (*kath'hékaston*) de ello. Luego, que (b) quien puede conocer lo arduo y no fácil de conocer para el hombre, éste es sabio. Pues el sentir es común a todos, por lo cual es fácil y nada sabio. Además (c) al más riguroso (*akribēs*) (d) y capaz de enseñar las causas juzgámoslo más sabio en cada ciencia. Y de las ciencias, la (e) que en mor de ella misma (*hautēs kéneken*) y gracias al saber (*toû eidénai khárin*) es preferida, es más sabiduría que la que en mor de sus efectos, y (f) que la más rectora (*arkhikotéra*) es más sabiduría que la subsirviente. Pues no debe el sabio someterse a órdenes sino ordenar, ni obedecer éste a otro sino a éste el menos sabio.

Tantos y tales son los juicios que acerca de la sabiduría y de los sabios tenemos.]

[2] De éstos (a) lo de saber todo necesariamente es inherente (*hy párkhein*) a quien máximamente tiene la ciencia universal (*he kathólou epístēme*), pues éste sabe de algún modo todos los sujetos (*pánta tà hypokeímena*), (b) y también esto es casi lo más arduo de conocer para los

homōres, lo máximamente universal (málista kathólou), pues es lo más remoto de las sanciones. Pero (c) las más rigurosas de las ciencias son las que máximamente versan sobre lo primero (tà prôta), pues las de menos elementos son más rigurosas que las que se dicen de una suma de ellos (ton ek prosthéseos legoménon), así la aritmética, más que la geometría, Mas por otra parte (d) capaz de enseñar, ciertamente, es la ciencia mayormente especulativa de las causas, pues quienes enseñan son los que dicen las causas de cada cosa. Y (e) el contemplar (tò eidénai) y el saber científico (tò epísthasthai) en mor de ellos mismos (autôn héneka) máximamente es inherente a la ciencia de lo máximamente escible (toû málista epistétou), pues quien quiere el saber científico por sí mismo, máximamente querrá la ciencia máxima, y tal es la de lo máximamente escible. Pero máximamente escible es lo primero y las causas, pues por esto y a partir de éstos se conoce lo otro, mas no esto por los sujetos. Y (f) la más rectora de las ciencias, y más rectora que la subsirviente, es la que conoce en mor de qué (tinos héneken) se ha de cumplir cada acción.

Mas esto es el bien (agathón) de cada cual, y en general lo óptimo (áriston) en la naturaleza toda.

Por todo lo dicho, el nombre en cuestión recae en la misma ciencia, ella ha de ser, por tanto, especulativa de los primeros principios y causas. También el bien, en efecto, esto es, aquello en mor de lo cual, es una de las causas.)

Que no es productiva, es evidente si consideramos a quienes primero buscaron la sabiduría, porque por la admiración principian hoy los hombres y principiaron originalmente a buscar la sabiduría, admirados en un comienzo de las cosas insólitas más próximas y a la mano, y progresando así paulatinamente e investigando acerca de cosas mayores cual las afecciones de la luna y del sol y de los astros, y acerca de la génesis del universo. Mas, quien está perplejo y admira, reconoce que ignora (es también por esto que quien ama mitos es de algún modo filósofo, porque el mito consta de hechos maravillosos), de suerte que si por huir de la ignorancia buscaron la sabiduría, evidentemente por el saber mismo buscaron la ciencia y no en mor de cierta utilidad.

Y lo acaecido da testimonio de lo mismo, pues existiendo ya casi todas las artes que se aplican a las necesidades, a la holganza y a la vida, se principió a buscar esta sabiduría. Es evidente, pues, que no la buscamos persiguiendo otra utilidad. Como decimos libre al hombre que vive en mor

de sí mismo y no de otro, así también la sabiduría es como la única libre entre las ciencias; pues ésta es la única que es en mor de sí misma.

Por ello con justicia podría pensarse que su posesión no es propia del hombre, pues de múltiples maneras es esclava la naturaleza de los hombres, de suerte que, como Simónides dice, “un dios sólo puede tener este privilegio” y no sería digno el hombre sino de buscar la ciencia que le fuese proporcionada.

Ciertamente si los poetas dicen cosa digna de consideración y si la naturaleza divina es susceptible de celos, es verosímil que el celo de los dioses recaiga sobre el que busca la sabiduría y sea (como todos los soberbios) desventurado.

Mas no caben celos en lo divino, sino más bien que, según dice el proverbio, “mucho mientan los poetas”.

Ni es menester pensar que otra ciencia es de mayor dignidad que la sabiduría. En efecto, la ciencia más divina es también la de mayor dignidad, más la sabiduría sería la única ciencia doblemente divina, pues divina sería la ciencia que máximamente un dios poseería, y la ciencia si alguna hubiere, de lo divino. Mas sólo a la sabiduría ha caído en suerte lo uno y lo otro, pues según todos piensan, dios es una de las causas y un cierto principio, y, además, dios solamente o máximamente poseería una ciencia tal. Si, pues, todas son más necesarias que ésta, ninguna es mejor.]

Es menester empero que la posesión de la sabiduría convierta de alguna manera en su contraria la disposición, origen de su investigación. Pues como dijimos, principian todos admirados si algo es como es, como ocurre con las marionetas automáticas o los giros del sol, o la inconmensurabilidad del diámetro, pues parece ser admirable, a todos los que aún no han visto la causa, que algo no pueda medirse con lo mínimo. Mas es menester concluir en lo contrario, y en lo mejor, según dice el proverbio, como además ocurre en estos casos una vez que han comprendido, pues nada admiraría tanto a un geómetra como que el diámetro resultase conmensurable.]

Queda dicho, pues, cuál es la naturaleza de la ciencia buscada y cuál el objetivo que debe alcanzar la búsqueda y la investigación íntegra.